

SÓFOCLES

ANTÍGONA

*Introducción, guía didáctica
y traducción de*

M. ACOSTA ESTEBAN

© M. Acosta Esteban

© Prósopon. Festivales de Teatro Grecolatino

I.S.B.N.: 84-95122-92-8

Depósito Legal: SA-1574-02

Impreso en España

Imprime: Kadmos

Maquetación: PDFsur S.C.A

A mis hijos, Héctor y Delia.

οὐδὲν γὰρ αἰσχρὸν τοὺς ὁμοσπλάγχνους σέβειν.

ÍNDICE

Introducción	9
Guía Didáctica.....	19
<i>Antígona</i>	27

INTRODUCCIÓN

El arte de Sófocles.- Sófocles vivió los noventa años de su vida en el siglo V antes de Cristo; su momento creativo coincidió con el período de mayor madurez de la tragedia. Fue él quien, al hilo de la evolución del género, consiguió el máximo equilibrio entre los elementos que la componen, por lo que es considerado el más clásico de los trágicos, e incluso de los escritores griegos.

En primer lugar, la armonía entre acción y canto coral. La tragedia había nacido de la modificación de este último unos cien años antes, cuando Tespis le adjuntó el *primer actor*, entonces un simple comentarista. Se tiene a Esquilo por creador del teatro tal como hoy se entiende debido a la invención del *segundo actor*, con lo que dio un gran impulso a los *episodios* en detrimento del papel del coro; no obstante éste, que no por casualidad da nombre a muchas de sus tragedias, comparte todavía peso

específico con los diálogos. Sófocles dio un paso más: creó el *tercer actor*, que agilizó los parlamentos, pero no despojó al coro del carácter de personaje colectivo implicado en la acción y que la motiva¹, expresándose en este caso por medio de su portavoz o *corifeo*. Además de eso, los cantos alcanzan elevadas cimas de belleza poética. En la *Antígona* son justamente célebres, sin que los demás desmerezcan, los dos iniciales: la *párodo*, en que el coro, al entrar en la *orquestra*, invoca al sol del nuevo día que trae la salvación a Tebas, y el primer *estásimo*, un vigoroso himno al progreso de la humanidad.

Por su parte la acción, desarrollada con maestría, tiene sólidos puntales en los personajes. Nuestro autor es creador de fuertes caracteres, especialmente femeninos, cuyos rasgos se resaltan a menudo por el contraste, tan patente en el *prólogo*, o escena inicial de nuestra obra. Sin embargo los héroes sofocleos, al contrario que los de Esquilo, no poseen una psicología monolítica: muestran incoherencias y desalientos, dudan a veces; pero al

¹ J. Jouana: *Lyrisme et drame: le chœur dans l'Antigone de Sophocle*. Cuadernos de Filología Clásica, egi 9 (1999).

final, sobre todo los protagonistas, aceptan su destino con sublime resolución.

Mentalidad.- Contemporáneo de los sofistas, Sófocles no se dejó influir por sus disolventes teorías; fue un espíritu creyente y piadoso, aunque tolerante y sin radicalismos. En sus tragedias, los hombres han de guiar su conducta de acuerdo con las normas divinas, leyes no escritas pero inmutables, so pena de sufrir el justo castigo; estos preceptos morales no son difíciles de reconocer, pues están insertos en la naturaleza humana, pero el hombre desbordado por los acontecimientos, que además suele ser el que detenta el poder, incurre en una obcecación devastadora (ἄτη), a pesar de que entonces los dioses envían advertencias inequívocas de que se impone un cambio de actitud. El *adivino*, persona que en Grecia se concebía como un intérprete de estas señales de orden sobrenatural, tiene la obligación de comunicar su falta al infractor.

El héroe (o la heroína) que se opone a la iniquidad está siempre solo, normalmente porque los demás no se atreven a enfrentarse al poderoso. Los dioses omnipotentes están muy lejos, sus advertencias suelen llegar tarde; pero su venganza final es inexorable.

La *Antígona*.- Las tragedias de Sófocles próximas en el tiempo tienen rasgos comunes en estructura y temática. *Antígona*, segunda de las conservadas, forma pareja con la primera² y comparte con ella el motivo argumental de la negación de la sepultura a un cadáver y la estructura díptica, o dividida en dos. Pero hay diferencias. En cuanto al primer punto, lo que en el *Áyax* fue un episodio final que, bien resuelto, pone fin al conflicto de manera satisfactoria, en nuestra obra se convierte en símbolo de la eterna lucha entre la opresión y la libertad. En la anterior, el defensor de la solución grata a los dioses, Teucro, es socorrido por Odiseo, cuya influencia hace ceder a los Atridas; en la posterior, el ultraje al cadáver es el tema principal, y la que defiende la solución buena es la protagonista, que se enfrenta al tirano confiando únicamente en sus escasos medios; las ayudas no llegan a tiempo, no pueden impedir que ella sucumba.

En cuanto a la estructura díptica, se ha observado que en sendas tragedias, con la muerte de ambos protagonistas en medio de la obra, el tema cambia. Sin embargo en el *Áyax*, la independencia entre las partes

² *Áyax*, editada en esta misma colección, con introducción, propuesta de trabajo y traducción de M^a Paz López Martínez.

es mucho más acusada: de la locura del héroe se pasa al dilema sobre su sepultura justo en la mitad. En cambio, desaparecida Antígona de escena tras un conmovedor adiós a la vida, cuando queda un tercio para el final, su suerte no está decidida todavía, y no hay cambio brusco de tema: la cuestión del trato a dar al difunto se mantiene como motivo principal.

Si bien no vamos a esbozar el argumento completo, para no romper el *suspense* del desenlace, conviene recordar, para situarse, los antecedentes previos de la saga familiar de Edipo. Eteocles, uno de los hijos de éste, se apodera del trono de Tebas, mientras que su hermano, Polinices, con un ejército reclutado en Argos, pone sitio a su ciudad natal para arrebatárselo³. Ante las siete puertas de la muralla se celebran sendos combates singulares, en los que pierden la vida los seis comandantes del ejército invasor junto con Polinices, mientras que éste muere a manos de su propio hermano, no sin antes darle muerte⁴. Nuestra obra comienza al amanecer del día siguiente, cuando ya se sabe que Creonte, el

³ Cf. Sófocles, *Edipo en Colono*, editada también en esta colección, págs. 79 ss. (vv. 1291 ss.).

⁴ Este episodio es el tema de sendas tragedias de Esquilo y Eurípides, *Los siete contra Tebas* y *Las fenicias*, respectivamente.

flamante sucesor, piensa inaugurar su gobierno con un decreto ejemplar: dejará sin enterrar el cuerpo de Polinices para escarmiento de los traidores. A dicha medida se opondrá con todas sus fuerzas la heroína, Antígona, hermana a su vez de los dos caídos.

Se ha acusado de incoherencias argumentales a esta tragedia. Si bien no alcanza la perfecta construcción de otras más maduras, ciertos pretendidos defectos pueden ser explicados; por ejemplo, el diálogo del prólogo o escena inicial no aporta nada al argumento, es más, elimina en el primer episodio la intriga sobre el autor del delito. Pero justamente eso es lo que busca Sófocles, que la figura de Antígona esté en la mente de los espectadores, aparte de que dicho prólogo también sirve para resaltar su coraje y resolución por contraste con el de su apocada hermana.

El mensaje de la *Antígona*.- Si en la Antigüedad nuestra tragedia gozó de un fluctuante favor popular, es en la Edad Contemporánea cuando su tema y personajes se han convertido en símbolos.

Hegel, influido por su sistema filosófico, vio en *Antígona* el conflicto entre la razón de Estado, representada por Creonte, y el derecho familiar, abanderado por la heroína. Probablemente contri-

buyó a su interpretación la errónea creencia de que Creonte no hace más que cumplir la ley, pues a los traidores a la patria se les negaba el entierro dentro de los límites de la misma, al menos en Atenas⁵. Pero no es éste el caso: Creonte no permite que Polinices sea enterrado en parte alguna; su sacrílega intención es profanar el cadáver dejándolo insepulto, como impía presa de perros y aves, para cumplimiento de lo cual no olvida apostar guardias en el lugar donde yace. El autor va dibujando su carácter despótico: hermano de la reina, ha sido un eterno segundón, un cuñadísimo con Layo y Edipo, una especie de primer ministro con su sobrino Eteocles; cuando, al comenzar la acción, detenta por fin el poder absoluto, sufre un visible extravío mental: se cree el salvador providencial de la patria e irrumpe en escena con un pomposo discurso esmaltado de sentencias patrióticas, tras el cual dicta implacablemente su polémico decreto, también como advertencia a supuestos conspiradores, que cree le acechan por doquier; supone que todos sus contradictores actúan sobornados y, por último, estalla en accesos de ira en los que no ahorra la amenaza (al soldado que le trae la desagradable noticia), la descalificación (al coro, a la convicta Antígona, al con-

⁵ Cf. Tucídides I, 138, 5 y Jenofonte, *Helénicas*, I, 7, 22.

testatario hijo, al adivino Tiresias...) ni la blasfemia, que empeora su situación ante los dioses; es la figura viva del tirano, prototipo de la *hybris*. Algunos han visto en él al protagonista de la tragedia, pero no es el verdadero héroe sofocleo, pues muestra síntomas de flaqueza al perdonar a Ismene y, finalmente, no tiene más remedio que reconocer su error. Pero ya es demasiado tarde para repararlo: la venganza divina se desploma sobre él, y otra demostración de su talante no heroico es que no atenta contra su integridad o su vida.

Por su parte, Antígona simboliza la oposición al poder tiránico, y no sólo el derecho familiar, como le hizo pensar a Hegel la sorprendente afirmación de que no se habría expuesto al peligro si el difunto hubiera sido su hijo o su marido, porque un hijo o un marido pueden ser reemplazados, pero un hermano no, habiendo muerto ya sus padres. Esta reflexión, extraña e incoherente al menos para nosotros, quizá no lo era tanto para los antiguos, más apegados a los lazos de sangre, y se suele aducir como apoyo un pasaje de Heródoto⁶, pero carece de validez demostrativa, porque la situación se ins-

⁶ III 119.

cribe en un ambiente persa. Lo que no se puede negar es que Sófocles toma ideas del historiador, coetáneo suyo y muy afín en mentalidad. En todo caso, el razonamiento no suena convincente, al producirse en pleno desfallecimiento de la heroína ante la inminencia de su destino. Sus verdaderos móviles los ha expuesto en el *agón* mantenido contra Creonte: frente a la arbitraria decisión del autócrata, ella defiende las leyes eternas e inmutables de los dioses, lo que para nosotros son los derechos humanos. Así lo han entendido los escritores contemporáneos que han retomado el mito: Jean Anouilh, Bertolt Brecht, etc. Así era interpretado en un período reciente de la Historia de nuestro país.

Frente a estas dos figuras polisémicas, porque son símbolos pero no dejan de ser individuos con rasgos psicológicos propios, otros personajes pueblan el paisaje humano de la tragedia: la acomodaticia Ismene, tan cobarde y calculadora al principio, termina reivindicando en vano la complicidad con su hermana; Hemón, entre la espada de su padre Creonte y la pared de su novia Antígona, pasando de la filial persuasión a la indignada cólera, termina dando a aquél un escarmiento en sus propias carnes; el longevo Tiresias, un vidente ciego que ha leído la cartilla a varias generaciones de gobernantes.

tes de Tebas y sigue en sus trece; el resabiado mílite deseoso de escaquearse del enojoso asunto; el coro, cohorte de ancianos aduladores que navega entre el temor al tirano y la voz de la justicia; y el pueblo de Tebas, aunque en realidad representa al ateniense, que expresa su opinión pública por boca de sucesivos personajes⁷.

⁷ Cf. Jacqueline de Romilly, *La tragedia griega y la crisis de la ciudad*, artículo en *Estudios Clásicos* 79 (1977), especialmente cuando trata de la *Antígona*, págs. 21-24.

GUÍA DIDÁCTICA

Para profundizar en el estudio de la obra, puedes elaborar un trabajo que responda a las preguntas incluidas en este cuestionario. Para ello debes, según los casos, consultar la anterior Introducción o manuales especializados sobre Grecia (de literatura, historia del pensamiento, religión, mitología, etc.) o requerir la ayuda de tu profesor.

1. La saga de los Labdácidas.- Refiere los hechos principales de la historia de la familia de Antígona, ilustrándolos cuando sea el caso con los pasajes de la obra que se refieren a ellos. Cita las obras de la literatura griega que, como ésta, desarrollan algún episodio de dicha saga y explica brevemente su argumento.

2. Estructura de la obra.- El *prólogo* o escena inicial es muy típico de Sófocles. ¿Qué forma adopta? Si se hubiera suprimido, ¿seguiría entendiéndose bien el argumento? ¿Por qué? En caso afirmativo, ¿cuál es entonces su función?

En relación con ello: ¿no bastaba con que Antígona hiciera los ritos funerarios una sola vez? ¿Por qué, entonces, vuelve al lugar del delito?

¿Qué relación tiene el contenido de cada estásimo con el episodio anterior (o posterior) o con el resto de la obra? ¿Qué otras funciones cumple el coro a través de su portavoz, el corifeo? (Se puede consultar el artículo citado en la nota 1, aunque esté en francés).

¿Hay algún episodio en que intervenga el *tercer actor*? ¿Se puede considerar que el corifeo cumple dicha función en ocasiones?

3. Caracterización de los personajes principales.-

Antígona: Transcribe los pasajes que muestran su carácter decidido y valiente ¿Presenta alguna vez síntomas de desaliento? Como protagonista, tiene que dominar la escena en la mayor parte de la obra ¿Hay veces en que sucede eso *in absentia*, es decir, sin que ella esté presente? Di cuándo y razona tu respuesta.

Creonte: ¿Qué contradicciones se perciben entre sus declaraciones de principio y sus hechos reales? ¿En qué pasajes se delata a sí mismo como un autócrata? Transcribe los pasajes en que muestra el síndrome del tirano (cree ser el único que tiene razón, padece manía persecutoria, ve conspiradores por todas partes, cree que éstos actúan sobornados, etc.) Transcribe los pasajes en que

recurre respectivamente a la amenaza, a la descalificación y a la blasfemia. Demuéstranos su talante no heroico.

4. El agón entre Creonte y Antígona es justamente célebre: ¿Cuáles son las principales razones de ambos? ¿Cuántas clases de ley hay? ¿A qué tipo corresponden las *leyes no escritas*? ¿Tiene que haber necesariamente contradicción entre las leyes escritas y las no escritas? ¿Cuándo se escribieron las leyes en Grecia, y por qué?

5. Reflejo en la obra de los hechos contemporáneos: ¿Es posible que algún personaje de la obra represente a algún personaje real? ¿A quién concretamente? Atenas era una democracia, la opinión pública tenía mucha fuerza ¿Cómo se refleja esto en la obra? (Consulta el artículo citado en la nota 7).

6. Los ritos funerarios en Grecia.- ¿Qué honras fúnebres se debían a los difuntos? ¿Se podía, en momentos de apuro, simplificarlas? ¿Qué hace Antígona para cumplir el rito? Lee el pasaje II 50-53 de la *Historia de la Guerra del Peloponeso*, de Tucídides, y comenta lo que tenga referencia con el asunto.

7. La adivinación.- ¿Qué objetivo tenía la adivinación en Grecia? ¿Cuántos tipos de adivinación había? ¿Cuál es la que ejerce el anciano Tiresias?

8. Interpretaciones y recreaciones posteriores del mito.- Consulta en manuales de literatura u otros libros especializados las interpretaciones o versiones que han hecho del mito y de sus personajes los siguientes escritores: Hegel, Freud, Anouilh, Brecht, Pemán. Explícalas y justifícalas ¿Cuál te parece la más acorde con el mensaje que nos quería transmitir Sófocles?

SÓFOCLES

ANTÍGONA

DRAMATIS PERSONAE

Antígona.

Ismene.

Coro de ancianos tebanos.

Creonte.

Un guardián.

Hemón.

Tiresias.

Un mensajero.

Eurídice.

Un siervo.

ANTÍGONA

*Explanada ante el palacio real de Tebas.
Apenas despunta el alba.*

ANTÍGONA.- Ismene, hermana mía, ¿sabes de algún mal heredado de Edipo que Zeus no haya cumplido en vida nuestra? Pues no existe nada lamentable o exento de desgracia, ni vergonzoso ni deshonoroso que no haya visto yo entre nuestras calamidades. Y ahora, ¿qué es ese bando que dicen acaba de dictar el general a todos los ciudadanos? ¿Sabes algo? ¿Lo has oído o ignoras las maldades de los enemigos contra nuestros seres queridos?

ISMENE.- Ninguna noticia ni grata ni triste me ha llegado sobre los seres queridos, Antígona, desde que las dos nos hemos visto privadas de nuestros dos hermanos, muertos en un solo día uno a manos del otro. Después que anoche se retiró el ejército de Argos, no sé nada más ni para mi felicidad ni para mi desgracia.

ANTÍGONA.- Bien que lo sabía, y por eso te he llamado ante las puertas de entrada al palacio, para hablar contigo a solas.

ISMENE.- ¿Qué pasa? Ya estás iracunda por alguna historia.

ANTÍGONA.- ¿Pues no ha honrado Creonte a uno de nuestros hermanos con las exequias y ha castigado al otro sin ellas? Mientras que a Eteocles, según se dice, lo ha sepultado bajo tierra haciéndolo grato a los muertos, ateniéndose a la justa justicia y a la ley, al cadáver miserablemente muerto de Polinices dicen que ha promulgado a los ciudadanos que nadie lo esconda en un sepulcro ni lo llore, sino que lo dejen sin lamentos, sin sepultura, como apetitoso botín y pasto de las aves que lo oteen. Eso es lo que se dice que tiene decretado el bueno de Creonte para ti y para mí, bien digo para mí; y que aquí viene a difundirlo claro entre quienes no lo sepan, y que no lleva el asunto como si nada, sino al que haga algo de lo dicho le espera la muerte por lapidación pública ante la ciudadanía. Así están las cosas, y ahora vas a demostrar si eres de condición noble, o ruin aunque hija de próceres.

ISMENE.- Y si en esos términos está la situación, ¿qué puedo yo añadir para solucionarla o influir en ella, insensata?

ANTÍGONA.- Decide si vas a ayudarme y colaborar conmigo.

ISMENE.- ¿En qué aventura? ¿Qué resolución has tomado?

ANTÍGONA.- Que levantes el cadáver con la ayuda de estas manos mías.

ISMENE.- ¿Es que piensas enterrarlo, estando prohibido públicamente?

ANTÍGONA.- Sí, es mi hermano; y el tuyo, aunque tú no quieras. No me cogerán en una traición.

ISMENE.- ¡Atrevida! ¿A pesar de la interdicción de Creonte?

ANTÍGONA.- Él sí que no tiene derecho a separarme de los míos.

ISMENE.- ¡Ay de mí! Recapacita, hermana, cómo acabó nuestro padre, odiado y sin honor, tras perforarse los dos ojos con su propia mano por sus autoconvictas culpas. Después, su madre y esposa —dos nombres para una misma persona— atentó contra su vida con trenzado lazo⁸; en tercer lugar, nuestros dos pobres hermanos, autoasesinados en un solo día, se causaron mutua muerte con sus propias manos. Y ahora por último, nosotras dos, que nos hemos quedado solas, piensa cuán

⁸ Conocida es la historia de Edipo, que, por una maldición divina, mató a su padre y se casó con su propia madre, Yocasta. Al descubrir el incesto cometido, ambos se autocastigaron de la forma citada; todo ello se trata en las tragedias *Edipo rey*, de Sófocles, y *Edipo*, de Séneca, editadas ambas en esta colección.

malísimamente moriremos si en contra de la ley hacemos caso omiso de la voluntad y la fuerza de los gobernantes. Además, hay que tener en cuenta otra cosa: que somos mujeres y, por lo tanto, no estamos hechas para enfrentarnos contra hombres; y también que estamos obligadas por gente más poderosa a respetar no sólo esto, sino cosas más dolorosas aún. En conclusión, yo pido a los que reposan bajo tierra que me perdonen y, ya que me fuerzan a ello, obedeceré a los que están instalados en el poder, pues el actuar por encima de las propias posibilidades no tiene ninguna lógica.

ANTÍGONA.- Bien. No te lo voy a pedir, ni lo harás con mi consentimiento por mucho que quisieras ya hacerlo. Resuelve lo que te parezca, pero yo voy a enterrarlo, y hermoso será el morir en esta acción. Reposaré junto a él, querida junto al ser querido, por haber perpetrado actos de piedad, ya que debo agradecer más tiempo a los de abajo que a los de aquí, pues allí descansaré eternamente. Si tal te parece, mantén deshonrado lo que es honroso entre los dioses.

ISMENE.- Yo no deshonro nada, lo que pasa es que soy incapaz de actuar en contra de los ciudadanos.

ANTÍGONA.- Excusas. Yo voy a elevar un túmulo para mi amadísimo hermano.

ISMENE.- ¡Ay desdichada, qué gran temor siento por ti!

ANTÍGONA.- Por mí no te preocupes; rehaz tu vida.

ISMENE.- Pero no se lo digas a nadie, hazlo a escondidas, yo tampoco hablaré.

ANTÍGONA.- No, dilo. Serás mucho más odiosa si callas y no lo pregonas a todos.

ISMENE.- Tienes un corazón ardiente para lo que requiere frialdad.

ANTÍGONA.- Sé que agrado a quienes más debo complacer.

ISMENE.- Eso será si puedes, porque deseas algo imposible.

ANTÍGONA.- No; cuando no tenga fuerzas, desistiré.

ISMENE.- La caza de lo imposible no se debe ni siquiera comenzar.

ANTÍGONA.- Si dices eso, serás odiada por mí y te verás justamente despreciada por el difunto. Déjame a mí y a mi irreflexión sufrir esta dura prueba, pues nada será para mí tan insufrible como morir ignominiosamente.

ISMENE.- Ve pues, si así lo has decidido. Y que sepas que vas loca, pero justamente amada por tus seres queridos.

CORO.-

(Estrofa)

¡Rayo de sol, la luz más bella nunca aparecida en Tebas, la de las siete puertas! Por fin te muestras, ojo del dorado día, avanzando por cima de las fuentes Dirceas, ahuyentando a la hueste de albo escudo procedente de Argos con todo su armamento, fugitiva veloz al galope sin rienda; la trajo Polinices contra nuestra patria, alzado tras dialécticas disputas: sobrevoló la tierra graznando agudamente, cual águila cubierta de plumaje blanco como la nieve⁹, con multitud de armas y con cascos de penachos de crin.

(Antístrofa)

Posada en los tejados, después de abrir el pico con lanzas asesinas ante las siete puertas en torno a la ciudad, se retiró sin rellenar sus fauces con nuestra sangre, y sin que Hefesto el llameante conquistase de torres la corona: tal fragor de Ares se extendió sobre su lomo, obstáculo que opuso su enemigo el dragón. Y es que Zeus aborrece las bravatas de una lengua soberbia y, al verlas acercarse caudalosas, despreciando el resonar del oro, con su ígneo proyectil

⁹ Símil: se compara el ejército de Argos con un águila de blanco plumaje (los escudos de los guerreros eran de este color) que lucha contra un dragón o serpiente, símbolo de Tebas, cuyos primeros habitantes habían nacido de los dientes del dragón sembrados por Cadmo. Pero el poeta pasa alternativamente del símil al mundo real.

*arroja de lo alto de los muros al que ya lanza el grito de victoria*¹⁰.

(Estrofa)

Cayó con ruido seco sobre tierra, nuevo Tántalo incendiario que entonces con impulso enloquecido exhalaba un vendaval de furia, como poseído por el dios Baco. Eso fue lo que obtuvo, y a todos los demás les dio el castigo merecido el diestro Ares: siete capitanes, posicionados uno en cada puerta, frente a sus pares pagaron un tributo de armas de bronce al Zeus de las batallas, menos los dos rivales, nacidos de los mismos padre y madre, que, levantando contra sí las lanzas, participaron de una mutua muerte.

(Antístrofa)

Pero llegó feliz la elogiada Victoria a Tebas, la famosa por sus carros; olvídense las guerras y vayamos con coros en la noche a los templos divinos sin dejar ni uno; que nos guíe Baco, el que en Tebas nació y sacude el suelo.

CORIFEO.- Pero aquí está el nuevo rey, Creonte hijo de Meneceo, que acude ante las novedades que enviaron los dioses. ¿Qué intención agita al convocar esta reunión de ancianos por medio de proclama popular?

¹⁰ El poeta pasa así, casi insensiblemente, de lo general a lo particular: a partir de aquí se refiere a Capaneo, el primero de los caudillos del ejército de Argos en alcanzar los muros, tras lo cual sufrió la suerte que se relata.

CREONTE.- Ciudadanos: los dioses han enderezado firmemente el rumbo del país después de sacudirlo con enorme impulso. Os he mandado aviso de que vinieis de entre todos, porque sé que primero venerabais la autoridad monárquica de Layo, lo mismo cuando Edipo guiaba la ciudad y que, a la muerte de éste, permanecisteis en torno a sus hijos con fidelidad inquebrantable. Ya que ellos han muerto en un solo día víctimas de un destino de dos caras, golpeando y golpeados con ofensa mutua, yo asumo el poder y el trono por proximidad de parentesco con los desaparecidos¹¹. Es imposible conocer el alma, la ideología y la intención de cualquier hombre antes de que se curta en los cargos y en las leyes, pero yo creo y he creído siempre que el mayor mal es un dirigente que no se adhiere a las mejores decisiones y mantiene la boca cerrada por temor a algo; y en nada estimo al que tiene en más a un ser querido que a su propia patria. Así que yo, sépalo Zeus que todo lo ve, ni me puedo callar al ver venir hacia los ciudadanos la ruina en lugar de la salvación, ni podré jamás considerar amigo a un hombre hostil a la patria, en el convencimiento de que ésta es nuestra salvadora, y que navegando sobre ella en buenas condiciones es como hacemos los amigos. Estas son las normas con las que yo daré auge a la ciudad.

¹¹ Creonte es hermano de la difunta esposa de Edipo, Yocasta, y por consiguiente tío carnal de Eteocles, Polinices, Antígona e Ismene.

He promulgado, pues, a los ciudadanos disposiciones hermanas de éstas acerca de los hijos de Edipo: dar sepultura a Eteocles, que murió luchando por esta polis como un héroe de guerra, y rendirle todas las honras que corresponden a los más ilustres difuntos; y a su consanguíneo, quiero decir Polinices, quien volviendo de su exilio quiso prender fuego a la tierra patria y a sus dioses nativos, quiso saciarse con la sangre de su hermano y llevar como esclavos a los demás, he promulgado a esta ciudad que a ese nadie lo honre con un sepelio ni lo llore, sino que se deje su cuerpo insepulto y con el lamentable aspecto que presenta, para alimento de aves y perros.

Tal es mi decisión, y nunca los malvados recibirán de mí más distinción que los justos. En cambio, quien sea fiel a esta ciudad, igual vivo que muerto será honrado por mí.

CORIFEO.- Así lo has decidido, Creonte hijo de Meneceo, con respecto al enemigo y al patriota. En tu mano está aplicar todo el peso de la ley a los muertos y a cuantos vivimos.

CREONTE.- Pues ahora, velad por el cumplimiento de lo dicho.

CORIFEO.- Asigna a alguien más joven encargarse de eso.

CREONTE.- Ya hay dispuestos guardianes del cadáver

CORIFEO.- Entonces, ¿qué otra cosa vas a encomendarnos?

CREONTE.- No ceder ante los desafectos a estas disposiciones.

CORIFEO.- No hay nadie tan loco como para desear morir.

CREONTE.- Ciertamente esa será la paga, pero a menudo la esperanza de ganancias hace perecer a los hombres.

GUARDIÁN.- Señor, no diré que llego sin aliento por la carrera a paso ligero, pues he tenido muchas dudas por las preocupaciones, girándome hacia atrás por el camino. Con insistencia me hablaba mi ánimo y me decía: “Desgraciado, ¿por qué vas a donde lo pagarás cuando llegues? Imprudente, ¿a qué esperas? Si Creonte se entera de esto por otra persona, ¿cómo no vas a pasarlo mal?” Dando vueltas a tales pensamientos, marchaba lento por efecto de la indecisión, y así un trecho corto se convierte en largo. Al final venció el venir a tu presencia y —lo diré aunque sea una tontería— vengo aferrado a la esperanza de no sufrir más de lo que merezco.

CREONTE.- ¿Qué es eso por lo que tienes tal desánimo?

GUARDIÁN.- Quiero decirte primero lo que a mí me concierne: ni lo hice yo ni he visto al que fue su autor. No sería justo incurrir en algo malo.

CREONTE.- Mucho te extiendes y mareas el asunto. Parece que vas a comunicar alguna novedad.

GUARDIÁN.- Es que lo que da miedo causa mucha dilación.

CREONTE.- ¿Vas a hablar de una vez o te vas a ir por donde has venido?

GUARDIÁN.- Ya mismo te lo digo: alguien ha enterrado el cadáver hace poco y se ha ido después de esparcir sediento polvo sobre su piel y de rendirle los honores fúnebres debidos.

CREONTE.- ¿Qué dices? ¿Qué hombre se ha atrevido a eso?

GUARDIÁN.- No sé. Allí no había ni golpe de pico, tampoco agujero de azada, la tierra estaba dura y sólida, intacta y sin huella de rueda de carruaje; el autor no dejó ninguna pista. Cuando nos lo mostró el vigilante al que correspondía el primer turno de día, en

todos se instaló un molesto asombro, pues él había desaparecido, pero no lo acogía la tumba, sino que una leve capa de polvo lo cubría, como para evitar el sacrilegio. No se veían señales de la venida de ningún animal, silvestre o doméstico, ni de descuartizamiento. Resonaban palabras tempestuosas de unos contra otros, cada guardián acusando a su compañero; si aquello hubiera terminado a golpes, no habría habido nadie que lo impidiera. Cada uno creía que el otro era el culpable, pero ninguno era convicto, todos alegaban no tener ni idea. Dispuestos estábamos a poner la mano sobre el fuego, a andar sobre brasas y a jurar por los dioses no haberlo hecho ni ser cómplices del que decidió hacerlo. Finalmente, cuando no teníamos nada más que discutir, habla uno y nos obliga a bajar la cabeza al suelo por el miedo, pues ni podíamos contradecirle ni sabíamos qué hacer para salir airosos; sus palabras fueron que había que referirte el hecho y no ocultártelo. Triunfó dicha propuesta y al infortunado de mí me condenó la suerte con este... regalito. Y aquí estoy, de mala gana ante los no muy contentos, lo sé, pues nadie ama al mensajero de malas noticias.

CORIFEO.- Señor, hace rato que mi conciencia se inclina a pensar que este hecho quizá se deba a los dioses.

CREONTE.- ¡Basta, no me llenes de ira! No vayan a pensar de ti que además de viejo, tonto; pues dices cosas inadmisibles al decir que los dioses tienen preo-

cupación por ese cadáver ¿Es que se pasan de piadosos y entierran como benefactor al que vino a incendiar sus santuarios rodeados de columnas y a destruir sus ofrendas, su tierra y sus leyes? ¿Concibes a los dioses honrando a los malvados? Imposible. Esto es obra de ciertos ciudadanos siempre descontentos que murmuran contra mí, intentando liberar su cabeza y renuentes a mantener la cerviz bajo el yugo para serme leales, como es de justicia. Bien sé que lo han hecho éstos (*señala al guardián*), impulsados por la paga recibida de ellos. Ninguno de los usos que han germinado entre la humanidad es tan pernicioso como el dinero. Él es el que destruye las ciudades, él quien expulsa a los hombres de sus casas, él enseña y dirige a los caracteres honestos de los mortales a instalarse en asuntos vergonzosos; ha mostrado al ser humano la manera de hacer fechorías y toda forma de impiedad. Pero cuantos con soborno han llevado a cabo esto, con el tiempo acabarán dando cuenta de ello. Y si Zeus aún conserva mi veneración, entérate bien de esto, bajo juramento te lo digo: si no aparecéis ante mis ojos con el culpable de este entierro, no tendréis suficiente con morir, sino que delataréis el delito colgados vivos, para que en adelante robéis sabiendo de dónde hay que sacar la ganancia y aprendáis que no se debe aspirar al beneficio de cualquier manera, pues seguro que por las malas adquisiciones son más los que se condenan que los que se salvan.

GUARDIÁN.- ¿Me dejas decir algo, o me vuelvo y me voy?

CREONTE.- ¿No te das cuenta de que eres molesto hablando?

GUARDIÁN.- ¿Molesto a tus oídos o a tu alma?

CREONTE.- ¿Quién eres tú para localizar mi enojo?

GUARDIÁN.- El culpable te irrita el corazón, yo los oídos.

CREONTE.- ¡Vaya! Se ve que eres charlatanería viviente.

GUARDIÁN.- Pero que no ha cometido este delito para nada.

CREONTE.- Y además, entregando tu vida por dinero.

GUARDIÁN.- ¡Ah, terrible es ser hallado mentiroso por el que falla!

CREONTE.- Sí, haz juegos de palabras con los fallos, pero si no me delatáis a los responsables, proclamaréis que las ganancias viles ocasionan calamidades.

GUARDIÁN.- (*Aparte*). Ojalá lo encuentren. Pero tanto si lo apresan como si no —esto lo discernirá la fortuna— tú no me vas a ver venir aquí, pues contra toda espe-

ranza y contra mis previsiones me he salvado, por lo que doy muchas gracias a los dioses.

CORO.-

(Estrofa)

*Hay muchas maravillas, mas ninguna
es comparable al hombre: él surca el ponto, gris
por proceloso vendaval,
desafiando las olas envolventes,
y explota la fructífera, inagotable tierra
con el vaivén anual de los arados,
labrándola con la tracción equina.*

(Antístrofa)

*Compite con la tribu de las gráciles aves,
y domina las razas de animales salvajes,
y da caza a la especie habitante del mar
con los ensortijados pliegues de sus redes,
¡el ingenioso ser humano!
Reina con sus inventos sobre la feroz bestia
que brinca por el monte, conduce bajo el yugo
al brioso corcel de hirsuta crin
y al indomable toro de pelea.*

(Estrofa)

*Ha creado el lenguaje, y la ciencia sutil,
y las leyes que rigen las naciones;
ha aprendido a cubrirse de los húmedos dardos
inclementes del tiempo. Supremamente hábil,*

*ningún azar afronta desprovisto.
Únicamente ante Hades escape no hallará,
pero ideó remedios contra incurables males.*

(Antístrofa)

*Con su increíble habilidad para la ciencia,
ora tiende hacia el mal, otras veces al bien.*

*Si armoniza las leyes terrenales
con la justicia sacra de los dioses,
sea elevado a las más altas dignidades,
pero prívase de ellas al que hace
gala de su injusticia debida a la arrogancia,
y no viva a mi lado ni sirva de modelo
quien tal actúa.*

CORIFEO.- Ante este prodigio divino, estoy confuso.
¿Cómo, conociéndola, negaré que esta muchacha es
Antígona? ¡Oh desdichada, hija del desdichado Edipo!
¿Te traen desobediente a las normas del rey y sorpren-
dida en una insensatez?

GUARDIÁN.- Esta es la autora del delito. La hemos
cogido enterrándolo. ¿Dónde está Creonte?

CORIFEO.- Helo ahí volviendo de dentro de palacio a
su deber.

CREONTE.- ¿Qué ocurre? ¿Con qué circunstancia
coincido?

GUARDIÁN.- Señor, ningún mortal puede jurar no hacer algo, pues la reflexión invalida la decisión tomada, ya que con despreocupación aseguraba yo que jamás volvería, ante la tempestad de amenazas con que me abrumaste. Pero una alegría inesperada y contra pronóstico supera de largo a cualquier otro placer. Vengo, pues, aun siendo perjuro en mis promesas, trayendo a ésta, que ha sido prendida mientras adecentaba la tumba. Aquí no ha habido sorteo, el descubrimiento es mío y de nadie más. Tómala, señor, e interrógala y acúsala tú ¿No era eso lo que querías? Justo es que yo quede libre de funestas consecuencias.

CREONTE.- ¿De dónde traes a ésta? ¿De qué modo la has prendido?

GUARDIÁN.- Ella se disponía a enterrarlo. Ya estás informado de todo.

CREONTE.- ¿Sabes lo que dices y no te equivocas?

GUARDIÁN.- Por lo menos, la he visto enterrando el cadáver que tú prohibiste ¿No hablo claro y diáfano?

CREONTE.- ¿Y cómo fue sorprendida y tomada prisionera?

GUARDIÁN.- Así fue el caso: cuando llegamos, con la amenaza de tus terribles palabras, después de barrer

todo el polvo que envolvía al difunto y de desnudar el cuerpo, que empezaba su putrefacción, nos sentamos en lo alto de la posición de espaldas al viento, para evitar que nos afectara el hedor que de él venía, relevándonos vivamente entre nosotros con duras increpaciones en el caso de que alguno remoloneara en esta tarea. Esto duró el tiempo hasta el cual el brillante disco del sol se situó en el centro del firmamento y su llama quemaba. Entonces, de repente, un tifón levanta del suelo un remolino, calamidad celestial, y ocupa el llano, ofendiendo toda la hojarasca del bosque, y cubre el inmenso éter. Soportábamos la plaga cerrando los ojos. Cuando pasó, después de bastante tiempo, vemos a la muchacha, que profería el agudo lamento amargo de un pájaro que viera el lecho de su vacío nido huérfano de sus polluelos. Así es como esta exhaló lamentos al ver despojado al muerto, y elevó maldiciones contra los ejecutores. Al punto toma en sus manos sediento polvo y rocía desde arriba el cadáver con tres libaciones de un recipiente de bronce finamente labrado. Nosotros, al verla, nos lanzamos sobre ella, le dimos caza inmediatamente sin que se alterase y la acusamos de sus actos anterior y actual. No se declaró inocente de ninguno, con alivio por mi parte pero también con pesar, pues el escapar a males es muy agradable, pero conducir a personas queridas al mal es doloroso; pero tener todo esto por mal menor pertenece a mi propia salvación.

CREONTE.- Tú, la que inclina la cabeza al suelo: ¿confirmas o niegas haberlo hecho?

ANTÍGONA.- Lo confirmo y no lo niego.

CREONTE.- (*al guardián*) Tú puedes quitarte de en medio a donde quieras, libre de la grave acusación. Tú, dime sin extenderte, sino en resumen: ¿sabías que se había promulgado no hacer eso?

ANTÍGONA.- Lo sabía ¿Cómo no? Era de público conocimiento.

CREONTE.- Y a pesar de eso, ¿te atreviste a transgredir esa ley?

ANTÍGONA.- No fue Zeus el que la promulgó ni tampoco la Justicia, compañera de los dioses infernales, definió tales leyes entre los hombres; y no creí que tus edictos tuvieran tanta fuerza como para poder, siendo mortal, pasar por encima de los preceptos permanentes y no escritos de los dioses, pues éstos tienen vida eterna, no hoy sí y mañana no, y nadie sabe desde cuándo aparecieron. No estaba yo dispuesta a rendir cuentas de su infracción ante los dioses, por temor a la decisión de hombre alguno. Sabía perfectamente que iba a morir, aunque tú no lo hubieses promulgado ¿Y qué? Si muero antes de mi hora, ventaja llamo a eso, pues quien, como yo, vive entre muchos males ¿cómo

no obtendrá ganancia al morir? Así que alcanzar este destino no representa para mí dolor alguno. En cambio, si hubiera dejado insepulto el cuerpo muerto del que nació de mi misma madre, sí que habría sentido dolor; con esta acción no lo siento. Y si tú crees que hago cosas alocadas, me parece que estoy dando cuenta de mi locura a un loco.

CORIFEO.- El carácter crudo de la hija se muestra digno heredero del de su crudo padre: no sabe rendirse ante los males.

CREONTE.- ¿Sí? Pues que sepas que los temperamentos duros en exceso son los que más se desploman, y el hierro más fuerte, durísimo cocido al fuego, es el que más veces puedes ver mellado y roto. Y yo sé que con un diminuto freno se doma a los caballos más fogosos. No corresponde ser altivo al que es esclavo del prójimo. Ésta sabía entonces que se estaba propagando al transgredir las leyes promulgadas. Y encima, después de haberlo hecho, he aquí su segunda insolencia: jactarse de sus actos y reírse una vez hechos. Ahora, que no sería yo un hombre, sería el hombre ella, si su desafío queda incólume. Por muy sobrina mía que sea, y ya puede ser más pariente que el Zeus protector de nuestra casa, ella y su hermana no se librarán de la peor de las suertes. Porque a la otra también la acuso de haber tramado este enterramiento. Llamadla. La he visto hace poco, furiosa y sin contro-

lar sus emociones: la conciencia de los que nada bueno en la sombra traman suele delatar su culpabilidad. Me irrita especialmente que, cuando alguien es cogido en delito flagrante, trate de embellecerlo.

ANTÍGONA.- ¿Qué más quieres que matarme después de llevarme presa?

CREONTE.- Nada. Con eso tengo bastante.

ANTÍGONA.- ¿Qué vas a querer? Al igual que nada en tus palabras me es grato, y ojalá nunca lo sea, tampoco las mías pueden complacerte. Y sin embargo, ¿qué gloria más gloriosa podría obtener que la de poner a mi hermano en la tumba? Diríase que sí agrada a todos estos, si el miedo no les encerrara la lengua. Pero la dictadura, además de contar con otras muchas satisfacciones, puede hacer y decir lo que se le antoja.

CREONTE.- Tú eres la única entre los cadmeos presentes que lo ve así.

ANTÍGONA.- Y éstos también lo ven, pero encogen la boca ante ti.

CREONTE.- ¿Y no te da vergüenza pensar aparte de ellos?

ANTÍGONA.- Es que no hay nada vergonzoso en venerar a los que han compartido nuestro seno materno.

CREONTE.- ¿No era también de tu sangre el que murió enfrente?

ANTÍGONA.- También, de una sola madre y del mismo padre.

CREONTE.- Entonces, ¿por qué tributas un honor impío al otro?

ANTÍGONA.- No testificaré eso su yerto cadáver.

CREONTE.- Sí, porque lo honras igual que al impío.

ANTÍGONA.- No era un esclavo, sino un hermano el que murió.

CREONTE.- En el acto de devastar esta tierra, mientras el otro se le oponía defendiéndola.

ANTÍGONA.- Sin embargo, Hades ama la igualdad ante la ley.

CREONTE.- Pero no que el bueno sea igual que el malo en su retribución.

ANTÍGONA.- ¿Quién sabe si eso es lo sagrado en el más allá?

CREONTE.- Nunca jamás amar al enemigo, ni muerto.

ANTÍGONA.- Nunca fue mi natural ser enemiga, sino amar.

CREONTE.- Pues ve allá y ámalos, si tanto precisas amar. Mientras yo viva, no mandará una mujer.

CORIFEO.- Ahí sale Ismene ante las puertas, vertiendo llanto fraternalmente: sobre sus ojos hay una nube que castiga su enrojecido rostro, anegando su serena mejilla.

CREONTE.- Tú, que metida en mi casa me chupabas la sangre a escondidas como una víbora, sin que yo supiera que estaba criando dos plagas, y que acabarás atentando contra el trono, a ver, dime: ¿confesarás haber intervenido también tú en este enterramiento, o jurarás no saber nada?

ISMENE.- Cometí el acto, si ella lo confirma, y lo asumo y participo en la culpa.

ANTÍGONA.- No, no te lo permitirá la Justicia, porque ni quisiste ni yo te hice cómplice.

ISMENE.- Pero en tu infortunio, no me da reparo embarcarme contigo en tu sufrimiento.

ANTÍGONA.- De quiénes es el acto lo saben Hades y los suyos. Yo no amo a una que me quiera de palabra.

ISMENE.- No, hermana, no me deshonres con el no morir contigo y purificar al muerto.

ANTÍGONA.- No mueras por solidaridad conmigo, ni hagas tuyo lo que no tocaste. Bastará con que muera yo.

ISMENE.- ¿Y qué clase de vida tendré si me abandonas?

ANTÍGONA.- Pregúntale a Creonte, ya que eres pariente suya.

ISMENE.- ¿Por qué me ofendes sin sacar nada a cambio?

ANTÍGONA.- La verdad es que me duele reírme de ti.

ISMENE.- ¿En qué más puedo ayudarte, aunque sea ahora?

ANTÍGONA.- Sálvate. No veo mal que tú escapes.

ISMENE.- Pobre de mí ¿Y quedarme sin tu destino?

ANTÍGONA.- Tú elegiste vivir, yo morir.

ISMENE.- No será porque no te lo advertí.

ANTÍGONA.- Fuiste prudente en la opinión de unos, en la de otros yo.

ISMENE.- Pero la falta es la misma para ambas.

ANTÍGONA.- Ten valor. Tú estás viva, mi vida ya se ha dado a cambio de ayudar a los muertos.

CREONTE.- De estas dos jóvenes, declaro que la una se ha vuelto loca hace poco, la otra en el momento de nacer.

ISMENE.- Será, señor, porque la cordura con que se nace no se mantiene en los que padecen, sino varía.

CREONTE.- Al menos en ti, porque elegiste actuar mal con los malvados.

ISMENE.- ¿Qué vida me aguarda despojada de ésta?

CREONTE.- No digas “ésta”, pues ya no existe.

ISMENE.- ¿Vas a matar a la novia de tu hijo?

CREONTE.- También son laborables los campos de otras.

ISMENE.- No era ése el acuerdo entre él y ella.

CREONTE.- Odio a las mujeres que son malas para los hijos.

ISMENE.- ¡Oh, queridísimo Hemón! ¡Qué mal te trata tu padre!

CREONTE.- Ya me están cargando demasiado tú y tu casamiento.

ISMENE.- ¿Que vas a dejar a tu hijo sin ella?

CREONTE.- Será Hades quien interrumpa esta boda por mí.

ISMENE.- Según parece, es cosa decidida que muera.

CREONTE.- En efecto. No más dilaciones. Llevadla dentro, esclavos. Estas mujeres han de estar presas, no libres, pues hasta los valientes huyen cuando ven a Hades acercarse a su vida.

CORO.-

(Estrofa)

*Dichosos los que tienen una vida
que no probó los males;
pues cuando la familia sufre un cataclismo
que los dioses envían,
ninguna pena deja de abatirse
sobre el conjunto de la descendencia:
igual que la tormenta desde lo profundo
hace rodar el légamo sombrío,
cuando el mundo abisal sube hacia arriba
por obra de los vientos inclementes de Tracia,
y las rocas rompeolas, del vendaval batidas,
rugen con lamento.*

(Antístrofa)

*Las antiguas desgracias de la casa de Lábdaco
las veo acumuladas
sobre los males de los que murieron;
no se libra el linaje, algún dios lo aniquila, no tiene
[salvación:]
ahora, por ejemplo, la luz que se extendía
sobre la última rama de la casa de Edipo
la siegan la guadaña sangrienta de los dioses
de abajo e insensatas palabras, y furia en las entrañas.*

(Estrofa)

*Tu fuerza, Zeus, ¿qué humana rabia puede
domarla? No la rinde
ni el sueño, cazador universal,
ni los días gozosos de los dioses.
Como señor eterno riges
el refulgente mármol del Olimpo
y siempre, en el pasado y el futuro,
como en el porvenir, se mantendrá esta ley:
nada absoluto entra
en la vida del hombre, salvo la desgracia.*

(Antístrofa)

*La engañosa ilusión es acicate
para incontables hombres; para otros,
extravío irreflexivo de la mente:
entra reptando sin que se den cuenta,
hasta que pisan con el pie la brasa ardiente.*

*Alguien con razón dijo una frase famosa:
el mal parece el bien a quien los dioses
llevan a la desgracia, y breve tiempo
está exento de penas.*

CORIFEO.- Aquí está Hemón, el último retoño de entre tus hijos. ¿Acaso viene airado, llorando por la suerte de su novia, Antígona, que ha resultado un fiasco a su futuro matrimonio?

CREONTE.- Lo sabremos enseguida mejor que los videntes. Hijo, ¿vienes furioso contra tu padre tras conocer la sentencia implacable contra tu prometida, o sigo siéndote querido a pesar de lo que haga?

HEMÓN.- Padre, te pertenezco. Tú me educas con tus buenos consejos, que yo sigo. Ninguna boda será para mí más importante que tu recta guía.

CREONTE.- Así hay que reaccionar interiormente, hijo, y todo debe estar supeditado a la opinión paterna. Con ese fin los hombres piden a los dioses tener en casa hijos obedientes, para que traten mal al enemigo y al amigo lo honren, de acuerdo con el padre. De quien siembra hijos inútiles, ¿qué otra cosa puedes decir sino que procreó preocupaciones para sí mismo, sirviendo de irrisión al enemigo? Que jamás, hijo, te haga el placer perder el seso por una mujer, sabiendo que ingrato amor es ése, el de una mujer mala como compañera en

el hogar ¿Qué mayor herida que un mal amigo? Olvídala como a una desaprensiva, que lo es, y déjala que se eche novio en el Hades, pues la he sorprendido a ella sola entre los ciudadanos en claro acto de traición a la patria, y no me haré mentiroso ante dicha patria: le daré muerte. Que entone por ello un himno a Zeus protector de la familia. Porque si crío díscolos a los que la naturaleza hizo mis parientes, con mucho mayor motivo lo serán los no pertenecientes al clan familiar.

El que es honrado en casa, será justo en sociedad; por el contrario, el transgresor que viola las leyes o piensa quedar encima de los que ostentan el poder, no puede alcanzar elogio por mi parte. A quien la ciudad puso al frente se le debe obediencia en lo insignificante y en lo justo, y en lo que no lo es. Y ese hombre sí que confiaría yo en que manda bien y querrá ser bien mandado, y cuando forme en el fragor de la batalla será un camarada justo y cabal. No existe mal mayor que la anarquía: ella es la que destruye las ciudades, ella la que devasta los hogares, ella rompe las tropas del ejército aliado. En cambio, la disciplina salva muchas vidas de los bien dirigidos. Así que hay que defender las disposiciones y no ceder nunca ante una mujer. Mejor es, en todo caso, caer ante un hombre, y no que digan que estamos por debajo de las mujeres.

CORIFEO.- A no ser que los años nos roben la razón, creemos que ese discurso es muy sensato.

HEMÓN.- Padre, los dioses hacen nacer en el hombre la posesión más excelsa de cuantas existen, el discernimiento. Yo no podría ni sabría decir que no tienes razón en lo que has dicho; pero quizá habría otra forma aceptable de concebirlo. Tú no eres el más indicado para enterarte de todo cuanto se dice, se hace o se te puede reprochar, pues tu presencia infunde temor al hombre del pueblo, y éste no se atreve a usar palabras que no te agrade oír. Para mí, sin embargo, es posible escuchar en la sombra cosas tales como: que si la ciudad se lamenta por esa muchacha... que si es la mujer que menos se merece tan horrible muerte por acciones tan elogiables... “La que no ha consentido que su propio hermano, caído en la matanza sea dejado sin enterrar y destruido por voraces perros o por aves rapaces ¿no es acreedora de una espléndida veneración?” Éste es el vago rumor que silenciosamente se desliza.

Para mí, padre, no hay bien máspreciado que tu éxito, pues ¿qué mayor gloria para los hijos que un padre floreciente en renombre, o para un padre unos hijos así? No seas, pues, portador de una única postura: la de que las cosas son correctas nada más que como tú las dices. Pues todos los que creen pensar por sí mismos, o tener una lengua o un espíritu no comparable al de nadie, cuando se les descubre se ve que están vacíos. No es nada vergonzoso el hecho de que un hombre aprenda, por muy sabio que sea, y no trate de abarcar demasiado. Ves que cuantos árboles ceden en la orilla

de corrientes torrenciales conservan sus ramas, y en cambio los que se oponen son arrancados de cuajo; igualmente, el capitán de una nave que mantiene tensa la vela y no cede en nada, acaba volcando y flotando sobre los restos del naufragio.

No, sé flexible en tu orgullo y cambia de actitud. Si poseo algo de juicio, aunque sea más joven, yo afirmo que lo más excelente es que un hombre sea un perfecto dechado de ciencia innata, pero si no, –pues no suele ser éste el caso- lo bueno es aprender de los que dan buenos consejos.

CORIFEO.- Señor, lo lógico es que tú le hagas caso si dice algo adecuado; y tú a él, pues se ha hablado bien por las dos partes.

CREONTE.- ¿Es que los de nuestra edad vamos a aprender a pensar de un adolescente como tú?

HEMÓN.- Nada que no sea justo. Aunque yo sea joven, no hay que observar mi edad, sino mis actos.

CREONTE.- ¿Como el de honrar a los perturbadores?

HEMÓN.- No animaría yo a venerar a los malvados.

CREONTE.- ¿Y no se ha sorprendido a ésta en tal afección?

HEMÓN.- No afirma eso el pueblo soberano de esta ciudad de Tebas.

CREONTE.- Entonces, ¿va a decirnos la ciudad lo que debo disponer?

HEMÓN.- ¿Ves como hablas igual que un jovenzuelo?

CREONTE.- ¿Debo gobernar esta tierra en nombre de otro, o en el mío propio?

HEMÓN.- El Estado que pertenece a un solo hombre, no es tal.

CREONTE.- ¿No se considera que el Estado es del que tiene el poder?

HEMÓN.- ¡Qué bien mandarías tú solo en una nación vacía!

CREONTE.- Éste, según parece, es aliado de una mujer.

HEMÓN.- Si es que lo eres tú, pues por ti me preocupo.

CREONTE.- ¿Enfrentándote en pleito a tu padre, condenado?

HEMÓN.- Porque veo que, queriendo cumplir la ley, te equivocas.

CREONTE.- ¿Me equivoco al dignificar mi autoridad?

HEMÓN.- No la dignificas pisoteando los honores debidos a los dioses.

CREONTE.- ¡Ah, maldita actitud, provocada por una mujer!

HEMÓN.- Con eso no demuestras que me someto a cosas reprobables.

CREONTE.- Pero...¿si toda esta palabrería tuya va en su defensa!

HEMÓN.- Y en la tuya y en la mía, y en la de los dioses infernales.

CREONTE.- Con ella no es posible que te cases viva.

HEMÓN.- O sea, que morirá. Pues... a otro matará al morir.

CREONTE.- ¿A tanto llega tu osadía que te atreves a amenazarme?

HEMÓN.- ¿Qué amenaza es hablar contra sentencias vacías de contenido?

CREONTE.- Adquirirás cordura llorando, ya que tú sí que estás vacío de sensatez.

HEMÓN.- Si no fueras mi padre, diría que no estás en tu sano juicio.

CREONTE.- No me importunes más, esclavo de una mujer.

HEMÓN.- ¿Qué quieres, decir las cosas y no oír nada en respuesta?

CREONTE.- ¿De verdad? ¡Pues por el mismísimo Olimpo, que lo sepas, no me vas a criticar impunemente! (*A un sirviente*) Trae a esa abominación, para que muera inmediatamente ante los ojos del novio aquí presente.

HEMÓN.- ¿Delante de mí? Eso ni lo sueñes: ni ella morirá donde esté yo, ni tú volverás nunca a mirar mi cara con tus ojos, para que sigas tan loco junto a los familiares que te aguanten.

CORIFEO.- Señor, el muchacho se ha ido espoleado por la ira: el temperamento juvenil es difícil cuando sufre un dolor.

CREONTE.- Que haga lo que quiera: que se vaya y se comporte como más que un hombre. Con eso no librará a estas dos jóvenes de su destino.

CORIFEO.- Entonces, ¿piensas ejecutarlas a las dos?

CREONTE.- A la que no intervino, no. Tienes razón.

CORIFEO.- ¿Con qué final quieres provocar su muerte?

CREONTE.- La llevaré a donde haya una senda desierta y la esconderé viva en una cámara subterránea de piedra; añadiré sólo una carga de comida suficiente para que el conjunto de la ciudad se salve de la maldición divina. Y allí obtendrá el no perecer con sus ruegos a Hades, el único dios que venera, o sabrá por fin que venerar lo del Hades es un esfuerzo excesivo.

CORO.-

(Estrofa)

*Amor, invencible en la batalla;
Amor, que te ciernes sobre tus criaturas,
que estás agazapado en la suave piel de la doncella:
tú andas sobre el mar y en las guaridas
de las fieras salvajes, contra ti no tienen
remedio ni los inmortales
ni los efimeros humanos;
tenerte causa la locura.*

(Antístrofa)

*Tú atraes el pensamiento de los justos
hacia su perdición en la injusticia;
tú has provocado esta discordia
entre los familiares.*

*Triunfó claro el deseo por los ojos
de la adorable novia,
inexorable ley, antigua como el mundo,
pues la diosa Afrodita siempre vence
cuando con uno juega.*

CORIFEO.- Pero ahora yo mismo me desvío de las disposiciones al ver esto, y no puedo retener el manantial de lágrimas cuando miro a Antígona camino de su tálamo mortuario.

ANTÍGONA.-

(Estrofa)

*Oh, ciudadanos de la tierra patria,
miradme recorrer
el último camino, contemplar
la última luz del sol; nunca más me veréis:
me lleva Hades, el del sueño eterno,
me lleva en vida al Aqueronte,
sin haber disfrutado de himeneos,
ni del himno nupcial;
me casaré con Aqueronte.*

CORIFEO.- Te vas al mundo de ultratumba ilustre y elogiada, no víctima de males deletéreos ni a consecuencia del trabajo de las espadas; serás la única de los mortales que bajará al Hades viva, por tu propia voluntad.

ANTÍGONA.-

(Antístrofa)

*Oí decir que murió muy lamentable
la frigia huésped nuestra,¹²
hija de Tántalo, en el monte Sípilo;
que la cubrió una capa pétrea
cual yedra alrededor;
y que, según es fama entre los hombres,
ni la lluvia incesante ni la nieve
la abandonan jamás mientras se funde
y cubre sus mejillas con el llanto
de la nube de encima de sus cejas:
como a ella, algún dios a mí me acuna.*

CORIFEO.- Pero ella es diosa y de estirpe de dioses, y nosotros mortales, nacidos para morir. Sin embargo, será grandioso para ti cuando perezcas participar en el destino de los semidioses, viva y después de muerta.

¹² Se trata de Níobe, “huésped” de Tebas por su matrimonio con Anfión. De él tuvo catorce hijos (los siete Nióbidas y las siete Nióbides), que fueron muertos por Apolo y Ártemis por haberse burlado Níobe de la escasa fecundidad de la madre de éstos, Leto. Níobe, apenada, se transformó en la roca Sípilo, que chorreaba agua del deshielo y que los griegos interpretaban como lágrimas. El llanto se expresa, como en otra ocasión anterior, con el símil de una nube situada encima de las cejas (pág. 49).

ANTÍGONA.-

(Estrofa)

*¡Ay, te burlas! ¿Por qué no, por los dioses,
me afrentas al marcharme,
sino cuando aún estoy?
¡Oh patria, oh ciudadanos distinguidos,
fuentes Dirceas, bosque
de Tebas, la de bellos carros!
A vosotros os pongo por testigos
de cómo, por amigos no llorada,
por crueles leyes voy
a mi fúnebre cárcel bajo el túmulo,
a estrenar mi sepulcro. ¡Ah desgraciada,
ni huésped de los vivos
ni de los muertos!*

CORIFEO.- En tu respeto al elevado trono de la Justicia
llegaste al extremo del valor: expías una culpa familiar.

ANTÍGONA.-

(Antístrofa)

*Has mencionado un doloroso tema,
la triple maldición de nuestro padre
y nuestro trágico destino, el de los nobles
descendientes de Lábdaco. ¡Ah, funestas
uniones maternas, amores incestuosos
de nuestra infeliz madre con mi padre,
de los que yo nací, desventurada!
Hacia vosotros voy como inmigrante,*

*maldita y no casada.
¡Hermano, malhadado fue tu casamiento!¹³
Me mataste al morir, y ya no soy.*

CORIFEO.- Piadosa es la piedad, pero el poder de quien desea el poder no es fácilmente atacable: te destruyó tu desaconsejado temperamento.

ANTÍGONA.-

(Epodo)
*Sin llorar, sin amigos, sin casarme,
me llevan por la ruta ya dispuesta.
Ya no será posible, desgraciada,
ver esta luz sagrada de la antorcha del sol.
Y mi destino aciago
no habrá ningún amigo que lo llore.*

CREONTE.- ¿Pero es que no sabéis que ninguno cesaría en entonaciones y lamentos antes de morir, si se le dejara hablar? Llevadla cuanto antes y, después de cubrirla con una tumba abovedada, según he dicho, dejadla abandonada sola, para que, o bien muera, o bien viva enterrada en tal estancia. Nosotros somos inocentes de lo de esta doncella; quedará privada, pues, de la residencia en la superficie.

¹³ La maldición de Edipo es “triple” porque afecta a tres generaciones (Layo, el mismo Edipo, y sus hijos e hija). En cuanto al “malhadado casamiento” de Polinices, fue el que le permitió reclutar el ejército de los Siete gracias a la influencia de su suegro, Adrasto, rey de Argos.

ANTÍGONA.- ¡Oh tumba, oh tálamo, oh subterránea habitación guardiana, a donde voy a encontrarme con los míos! Innumerables son los cadáveres de ellos que Perséfone ha acogido entre los muertos. Allí bajo yo también, la última y la que peor con mucho, antes de cumplirse el término fijado de mi vida. Al partir me nutro en la esperanza de que llegaré siendo amada por mi padre, dilecta para ti, madre, querida para ti, hermano mío, puesto que yo con estas manos os lavé, os amortajé y os ofrecí libaciones funerarias; y ahora, Polinices, por enterrar tu cuerpo obtengo tal recompensa.

Sin embargo, yo te he honrado adecuadamente para los sensatos. Nunca habría asumido esta tarea a despecho de la polis si hubiera sido madre o si el cadáver de mi marido se hubiera estado pudriendo ¿Por causa de qué norma digo esto? Si un marido mío hubiese muerto, habría tenido otro, y un niño de otro hombre, si lo hubiese perdido; pero, acogidos mi madre y mi padre en el Hades, no es posible que brote un nuevo hermano. Por respetar tal norma, Creonte ha decidido que he cometido falta y me he atrevido a los más osado, querido hermano, y me lleva cogida de la mano, soltera, sin casarme, sin gozar de la boda ni de la cría de un hijo, sino así, desgraciada y sin amigos, voy viva hacia la fosa de los muertos ¿Para qué voy a mirar hacia los dioses, ay de mí, a qué aliado voy a llamar, si he practicado la piedad siendo impía? Si esto es el bien entre los dioses, perdonaríamos los sufrimien-

tos, por habernos equivocado; pero si son ellos los que se equivocan, ojalá sufran los mismos males que injustamente me causan a mí.

CORIFEO.- Todavía le poseen el alma idénticos embates de los mismos vientos.

CREONTE.- Pues los que la llevan habrán de lamentarse por su lentitud.

ANTÍGONA.- ¡Ay de mí, esta frase me pone al borde de la muerte!

CREONTE.- No diré que tengas confianza en que no se cumplirá eso así.

ANTÍGONA.- ¡Oh, ciudad de mis padres en la tierra de Tebas y dioses protectores de mi familia, ya me llevan sin tardanza! Jerarcas de Tebas, mirad a la única que queda de vuestras princesas, qué suerte sufre y a manos de qué hombres, por cultivar la piedad.

CORO.-

(Estrofa)

*También soportó Dánae no ver la luz del cielo
en prisión con cerrojos de bronce, seducida
en su fúnebre tálamo:
ilustre por su estirpe, oh hija, hija,
atesoraba un hijo*

*concebido por Zeus en lluvia de oro.¹⁴
Mas terrible es la fuerza del destino:
no pueden evitarla ni la riqueza ni Ares,
ni la mazmorra ni las
naves oscuras que el mar surcan.*

(Antístrofa)

*También fue subyugado
el colérico hijo de Driante,
de los edones rey,¹⁵ en su ofensivo orgullo,
encadenado por Dioniso en cárcel pétrea.
Así destila la tremenda fuerza
de su locura: en sus accesos de furor,
al profanarlo con palabras
de exceso, al dios reconoció, pues pretendía
detener a mujeres poseídas
y la llama de Baco, y combatía
a las Musas amantes de las flautas.*

(Estrofa)

*A la orilla del mar
partido en dos por las Cianeas
está el litoral del Bósforo,*

¹⁴ Dánae, hija de Acrisio, fue confinada en una prisión por éste para burlar el oráculo que le advirtió que un hijo de ella lo destronaría. Pero Zeus, convertido en lluvia de oro, engendró en ella a Perseo.

¹⁵ Se trata de Licurgo, que expulsó a Dioniso y sus bacantes y fue castigado por éste con la prisión y la ceguera.

*y Salmideso de los tracios, donde Ares,
que habita junto a ella,
vio la maldita herida
de la ceguera de los hijos de Fineo,
inferida por la salvaje esposa¹⁶:
la invidencia en las cuencas vengadoras de sus ojos,
horadados por manos criminales
con aguzadas lanzaderas.*

(Antístrofa)

*Y agotados lloraban los míseros su mísera suerte,
por haber sido hijos de madre de boda nefasta:
ella, de la stirpe ancestral de Erecteo,
educada en las grutas lejanas, las galernas de Bóreas,
[su padre]
veloz cual corcel, sobre roca empinada,
aunque era hija de dioses, también fue maltratada
por las longevas moiras, hija mía.*

TIRESIAS.- Señores de Tebas, llegamos juntos los dos,
viendo a través de uno solo, pues los ciegos andan gra-
cias al guía.

CREONTE.- ¿Qué hay de nuevo, anciano Tiresias?

TIRESIAS.- Yo te lo haré saber; tú obedece al vidente.

¹⁶ Idea, casada en segundas nupcias con Fineo, cegó de la forma en que se alude a los dos hijos de éste, habidos de su anterior esposa, Cleopatra, nieta materna de Erecteo e hija de Bóreas, el viento del Norte.

CREONTE.- Por cierto, hasta ahora no me he apartado de tu opinión.

TIRESIAS.- Así tripulabas esta ciudad por el rumbo correcto.

CREONTE.- Puedo dar fe de tu utilidad por experiencia propia.

TIRESIAS.- Pues repara en que ahora has llegado al filo del destino.

CREONTE.- ¿Qué es ello? Tu lenguaje me horroriza.

TIRESIAS.- Lo sabrás si oyes los signos de mi profesión: estaba sentado en el viejo observatorio, donde tengo un puerto para todo tipo de aves, cuando oigo un desconocido piar, un chillerío intraducible a impulsos de un malintencionado aguijón. Las notaba dañándose mortalmente con sus garras, pues el ruido de sus alas era inconfundible; acobardado, probé un sacrificio, quemándolo sobre el inflamado altar; pero de las víctimas no surgía luminoso el fuego de Hefesto, y la grasa de los huesos se extendía licuefacta sobre la ceniza, crepitando y chisporroteando, la hiel se despa-rramaba en lo alto, los muslos chorreaban la grasa que los recubría. Tales incomprensibles presagios me comunicaba este joven, pues es mi lazarillo, como yo lo soy de otros.

Y es que la ciudad padece estos males por tu decisión, pues nuestros sacrosantos altares públicos y privados, por obra de las aves y los perros, están llenos de restos del infortunadamente caído hijo de Edipo; de ahí que los dioses no acepten de nosotros las súplicas del sacrificio ni las llamas de las ofrendas, ni haya pájaro que emita chillidos de buen agüero, al haberse alimentado de la carne y sangre humanas.

Así pues, hijo, reflexiona. Equivocarse es común a todos los hombres, pero cuando se yerra, no se es un pobre hombre indeciso por curarse y no quedarse inmóvil tras caer en el mal: la obstinación es vasalla de la estolidez. Así que cede ante el difunto y no te cebes en un fallecido: ¿qué solución es volver a matar a un muerto? Te aconsejo bien porque te soy leal. Lo más provechoso es aprender del buen consejero, siempre que proponga un beneficio.

CREONTE.- Anciano, todos disparáis contra mi persona como arqueros al blanco, y no me dejáis tranquilo ni con el arte adivinatorio; ya hace tiempo que los de mi familia me han vendido y me han tratado como a un fardo. Haced el negocio, ganad la plata de Sardes y el oro de la India, si queréis, pero a ése no lo cubriréis con una losa ni aunque las águilas de Zeus se empeñen en cogerlo y llevar esa presa a su trono: ni así siquiera voy a permitir su entierro por temor a la impureza de que hablas, porque bien sé que ningún hombre es

capaz de ofender a los dioses. Anciano Tiresias, hasta los muy hábiles de entre los mortales sufren una dura caída cuando dicen palabras aparentemente bellas para su lucro.

TIRESIAS.- ¡Ay! ¿Sabe acaso alguno de los hombres, comprende acaso...

CREONTE.- ¿El qué? ¿Qué tópicos estás diciendo?

TIRESIAS.- ...en qué medida la buena decisión es el más sólido de los bienes?

CREONTE.- En la misma en que no ser sensato es la mayor calamidad, creo.

TIRESIAS.- Pues tú estás lleno de esa debilidad.

CREONTE.- No quiero responder mal a un adivino.

TIRESIAS.- Es lo que estás haciendo al decir que profetizo mentiras.

CREONTE.- Toda la ralea de los adivinos es codiciosa.

TIRESIAS.- Y la de los tiranos gusta de la corrupción.

CREONTE.- ¿Sabes con quién estás hablando?

TIRESIAS.- Lo sé, pues gracias a mí tienes salva a esta ciudad.

CREONTE.- Buen adivino eres, pero amante de la injusticia.

TIRESIAS.- Me impulsarás a pronunciar lo que no debe salir de mis adentros.

CREONTE.- Remuévelo, pero sin hablar por beneficios.

TIRESIAS.- ¿Eso crees tú de mí?

CREONTE.- Que sepas que no vas a comprar mi voluntad.

TIRESIAS.- Pues que sepas tú que no has de completar muchas vueltas veloces del carro de Helios sin que hayas pagado con la muerte de alguien de tus propias entrañas a cambio de los otros cadáveres, el que de arriba has arrojado hacia abajo instalando como en destierro su vida en una tumba, y el de los dioses de abajo que retienes aquí privado de su destino, insepulto y sin los sagrados ritos. No te pertenecen ni a ti ni a los dioses de arriba, pero dichas ofensas se las haces tú. Por lo antedicho, los vengadores traicioneros del Hades y las Erinias de los dioses buscan al acecho tu caída en idénticos males. Y a ver si digo esto sobornado: habrá en tu casa, y no será largo el espacio de

tiempo, lamentaciones de hombres y mujeres. Y se levantan en armas todas las naciones a cuyos despojos han rendido honras fúnebres los perros o las bestias o las emplumadas aves, llevando un impío hedor a esta populosa ciudad¹⁷.

Puesto que me has enojado, estos son los disparos infalibles que te lanzo con ira como un arquero desde mi corazón, y no esquivarás sus mordeduras. Hijo, llévame a casa, para que éste descargue su ira contra otros más jóvenes y aprenda a mantener la lengua más sosegada y las ideas de su mente más despejadas de como ahora las usa.

CORIFEO.- Señor, el hombre se ha ido tras hacer profecías espantosas; y sabemos que nunca, desde que peino este pelo blanco que antes era negro, ha profirido nada falso contra la ciudad.

CREONTE.- Lo reconozco, y mi alma se agita. Pues es terrible dar el brazo a torcer, pero también entra dentro de lo posible destruir el alma por resistir a la desgracia.

CORIFEO.- Buen criterio es lo que hace falta, Creonte hijo de Meneceo.

¹⁷ No era sólo el cadáver de Polinices el afectado por la decisión de Creonte, sino también los demás caídos del ejército derrotado.

CREONTE.- Entonces, ¿qué he de hacer? Habla y yo obedeceré.

CORIFEO.- Ve a sacar a la doncella de la cámara subterránea y hazle una tumba al que yace fuera de ella.

CREONTE.- ¿Lo ves bien y crees que hay que ceder?

CORIFEO.- Cuanto antes, señor: los castigos de pies ligeros de los dioses son inminentes para los insensatos.

CREONTE.- ¡Ay de mí! A duras penas, pero me retiro de hacer lo que me dicta el corazón: no se puede luchar contra el poder divino.

CORIFEO.- Ve y hazlo tú; no se lo encargues a otros.

CREONTE.- Iré tal cual estoy. Venid, venid, criados, ausentes y presentes, tomad en vuestras manos palas e id al sitio visible. Yo mismo que la ató, después de que mi resolución se volvió atrás, iré y la soltaré: sospecho que lo mejor es terminar la vida salvaguardando las leyes consagradas.

CORO.-

(Estrofa)

*Dios de muchos nombres, prenda
de la hija de Cadmo y de Zeus el tonante,
tú que cuidas Italia famosa y proteges a Deo de Eleusis*

*en el golfo común para todos, oh Baco¹⁸,
tú que habitas en Tebas, ciudad que es la madre
de tus fieles bacantes, a orillas
del arroyo de Ismeno, en el campo
de la siembra del fiero dragón:*

(Antístrofa)

*te contempla el vapor de albo brillo de la doble cima
donde andan tus ninfas bacantes
de la gruta Coricia, y la fuente Castalia.¹⁹ Te envían
las laderas de yedra y la verde
playa rica de viñas de los montes de Nisa²⁰,
mientras suenan tus gritos rituales,
a velar por las calles de Tebas.*

(Estrofa)

*la que más alto estimas de entre las ciudades
con tu madre, del rayo alcanzada²¹.
Cuando toda la polis es presa de plaga violenta,
ven con pie redentor por encima del sacro Parnaso
o el estrecho que brama.*

¹⁸ Baco, también llamado Dioniso, Bromio o Yaco; hijo de Zeus y Sémele, cuida de Italia (rica en viñas) y de los misterios de Eleusis, fundados por Deo o Deméter en el golfo a donde acudían fieles de toda condición.

¹⁹ La doble cima del Parnaso, monte que domina el santuario de Delfos, que Dioniso compartía con Apolo, y donde se sitúan la gruta y la fuente mencionadas.

²⁰ Monte donde se crió Dioniso.

²¹ Sémele pidió a su amante Zeus que se le apareciese en todo su esplendor, y éste se transformó en un rayo que la fulminó.

(Antístrofa)

*¡Oh corego de estrellas que exhalan el fuego,
protector de los gritos nocturnos,
muéstrate, de Zeus hijo y retoño, señor,
a tus fieles bacantes, que danzan posesas
en la noche, en honor de su sacro patrón!*

MENSAJERO.- Vecinos de la casa de Cadmo y Anfión, no hay vida humana que yo pueda aprobar o censurar nunca mientras dura, pues la fortuna endereza y la fortuna derriba al que una vez es feliz y otra desdichado, y nadie es adivino de lo establecido para los mortales. Por ejemplo, Creonte ha sido envidiable, creo, por haber librado de enemigos a esta tierra cadmea, y la conducía habiendo asumido el control absoluto sobre el país; también su noble stirpe florecía gracias a su cosecha de hijos. Ahora todo se ha esfumado, pues cuando los hombres entregan las satisfacciones, no creo yo que ése esté vivo, más bien lo considero un muerto en vida. Así ganes mucho dinero en la esfera privada, y vivas con la dignidad de un tirano si quieres, pero si falta la alegría, no le compraría yo a nadie todo lo demás ni por la sombra del humo, a cambio del contento.

CORIFEO.- ¿Cuál es el dolor de la familia real que vienes a comunicar?

MENSAJERO.- Han muerto; y los vivos tienen la culpa de que murieran.

CORIFEO.- ¿Quién es el asesino y quién el yacente?
Habla.

MENSAJERO.- Hemón ha muerto: una mano ha derramado su sangre.

CORIFEO.- ¿La de su padre o la suya propia?

MENSAJERO.- Se ha suicidado, acusando al padre de su muerte.

CORIFEO.- ¡Oh adivino, cuán exacto vaticinio cumpliste!

MENSAJERO.- Estando así las cosas, hay que decidir sobre el resto.

CORIFEO.- Precisamente veo acercarse desde el palacio a la mísera Eurídice, la esposa de Creonte, bien por casualidad o por haber oído algo acerca de su hijo.

EURÍDICE.- Ciudadanos todos, me he enterado de estas palabras al venir a la salida con la intención de ir a dirigir súplicas a la diosa Palas. Descorriendo estaba el cerrojo de la basculante puerta, cuando me ha golpeado a través de los oídos la noticia de esta calamidad familiar. De la impresión he caído inconsciente en brazos de las doncellas. Pero volved a relatar el suceso, comoquiera que sea: no carezco de experiencia en desgracias para oírlo.

MENSAJERO- Yo que estaba presente, majestad, hablaré y no omitiré nada que toque a la verdad: ¿para qué consolarte con lo que luego nos hará parecer embusteros? La verdad es siempre lo adecuado.

Yo seguí a tu esposo andando hasta el final del llano donde yacía aún el afrentado cuerpo destrozado por los perros de Polinices; después de rogar a la diosa de los viajes y a Plutón que contuvieran su benéfica cólera, le administramos un baño purificador, incineramos lo que de él había quedado en un lecho de ramas recién cortadas, acumulamos un elevado túmulo y luego entramos en el hueco recinto de piedra de la doncella, tálamo de Hades. Se oye desde dentro un clamor de gemidos a voz en grito por toda la no consagrada cámara y corremos a comunicárselo a nuestro amo Creonte. Cuando éste se acerca más, le llegan ecos de un triste lamento y profiere estas palabras entrecortadas por sollozos: “¡Ay, pobre de mí! ¿Soy adivino acaso y estoy pasando por el trance más duro de entre los transitados en el pasado? Es la voz de mi hijo la que me sale el encuentro ¡Servidores, acercaos veloces, colocaos junto a la tumba y meteos por la abertura practicada en el túmulo hasta la entrada, a ver si oigo la voz de Hemón o soy confundido por los dioses!”

Siguiendo las órdenes de nuestro desconsolado amo, esto es lo que vimos: ella estaba colgada por el cuello en el fondo del enterramiento, ahorcada con un lazo

hecho de tiras de su vestido, y él a su lado abrazado a su cintura, llorando el final de su difunta novia, los actos de su padre y su desgraciado amor.

Al verlo, llega hasta él llorando amargamente y lo llama entre sollozos: “¡Oh atrevido, qué acto has perpetrado! ¿Qué idea has tenido, en qué desventura te has aniquilado? Sal, hijo, te ruego suplicante”.

El joven, después de mirarlo con ojos salvajes y de escupirle a la cara sin contestar nada, saca la espada de doble filo y falla en la acometida contra su padre, que le esquivo; entonces el infortunado, irritado consigo mismo, con su propio impulso se clava la punta de la espada en el pecho y, aún con vida, se abraza a la muchacha atrayéndola hacia su ensangrentado regazo y expira vomitando sobre su pálida mejilla un delgado chorro de líquido de color rojo.

Yace un cadáver en torno a otro cadáver, gozando por fin de la ceremonia nupcial en la mansión de Hades y proclamando entre los hombres cuán pésimo mal es para el ser humano la irreflexión.

CORIFEO.- ¿Cómo interpretarías esto? Nuestra reina se ha ido por donde vino sin decir palabra, buena o mala.

MENSAJERO.- También yo me he quedado atónito, pero apaciento la esperanza de que, al oír el triste fin

de su hijo, considere indignos sus gemidos en público y prefiera llorar su desgracia en privado dentro del palacio con sus doncellas: no carece de juicio, así que no creo que haga algo irreparable.

CORIFEO.- No sé, pero a mí el silencio excesivo me parece tan grave como el abundante quejido en vano.

MENSAJERO.- Lo sabremos entrando en la mansión, no sea que esconda reprimido algo en el fondo de su agitado corazón, pues tienes razón: también hay gravedad en el exceso de silencio.

CORIFEO.- Aquí viene el soberano trayendo en brazos la prueba evidente, si es lícito decirlo, no de una obcecación ajena, sino de su propio delito.

CREONTE.- *¡Ay, tercos errores mortíferos de mi mente demente! Otra vez estáis viendo asesinos y víctimas de la misma familia ¡Ay, mis infortunadas decisiones! ¡Ah hijo, joven has muerto y te has marchado por obra de un destino prematuro, por mis pecados, que no por los tuyos!*

CORO.- *¡Ay, tarde pareces entrar en razón!*

CREONTE.- *¡Ay mísero de mí, cómo he aprendido! Un dios me ha dado un fuerte golpe en la cabeza, me ha metido en veredas intransitables y ha volcado mi ale-*

*gría, pisoteándola*²². *¡Ayayay, vanos esfuerzos de los hombres!*

SIERVO.- Señor, que tienes males y aún te quedan: unos los traes ahí y están ante ti; y parece que llegas para ver al punto los del interior de la mansión.

CREONTE.- ¿Cómo? ¿Cabe algo peor todavía?

SIERVO.- Tu infortunada mujer, la madre de ese cadáver, ha muerto ahora mismo de una herida recién inferida.

CREONTE.- *¡Ay, puerto implacable del Hades! ¿Por qué, por qué me das la muerte? Mensajero de males y desgracias, ¿qué me dices? ¡Ay, ay, a un hombre destruido acabas de ejecutar! ¿Qué dices, siervo, qué novedad me anuncias? ¿La muerte por degüello de mi esposa viene a sumarse a ésta?*

SIERVO.- Puedes verlo; ya no es un secreto.

CREONTE.- *¡Ay mísero de mí, esta segunda calamidad veo! ¿Qué destino me aguarda aún? Tengo en mis brazos, triste, al que fue mi hijo, y veo delante otro cadáver ¡Ay pobre madre, ay hijo!*

²² Rebuscada metáfora: Creonte sería un auriga arrojado de su carro -la alegría- por la divinidad.

SIERVO.- Mortalmente herida, ante el altar aflojó sus ojos en las tinieblas, lamentando la ilustre suerte de Megareo, el primero que murió²³; después la de éste, y por último implorando adversidades para ti, el parricida.

CREONTE.- *¡Ayayay, me sacudo de horror! ¿Por qué no me han herido de frente con cortante espada? ¡Ay mísero de mí, implicado en un destino miserable!*

SIERVO.- Como culpable de los infortunios pasados y presentes eras acusado por la fallecida.

CREONTE.- ¿De qué manera se disolvió en la muerte?

SIERVO.- Se hirió con su propia mano en el vientre, cuando se enteró de esta desgracia de su hijo.

CREONTE.- *¡Ay, de esto no hay que culpar a nadie sino a mí! Fui yo, pobre de mí, quien te mató, es la pura verdad ¡Ay, esclavos, llevadme cuanto antes, quitadme de en medio, que soy menos que nada!*

CORIFEO.- Es lo mejor que puedes mandar, si hay algo bueno en las desgracias: los males que tienes, mejor cuanto más breves.

²³ Megareo, el primogénito, se había sacrificado voluntariamente por la victoria, según exigió otro oráculo interpretado por Tiresias. La historia se desarrolla en *Las fenicias* de Eurípides.

CREONTE.- *Que venga, que aparezca el último y mejor de mis destinos, el que me traiga mi última hora. Que venga, que no vuelva a ver un nuevo día.*

CORIFEO.- Eso llegará. Ahora hay que dedicarse a lo presente: de lo otro se ocupará quienes tienen que hacerlo.

CREONTE.- Lo que he pedido es lo que deseo.

CORIFEO.- No supliques nada, que para los mortales no está prefijada la liberación del destino.

CREONTE.- *Quitad de en medio a este hombre miserable, que te ha matado, hijo, sin quererlo, a ti y a ésta, ay mísero de mí, no sé a dónde volverme, a cuál de los dos mirar: todo lo mío está torcido, sobre mi cabeza se ha desplomado un destino ineluctable.*

CORIFEO.- Ser sensato es con mucho el principio de la felicidad. No se deben despreciar ni un punto los honores debidos a los dioses. Las palabras pretenciosas de los orgullosos, después de grandes golpes, ya en la vejez les enseñan a ser prudentes.